
C A P Í T U L O X X I I I

Donde se continúa el capítulo anterior, y se relata la descomunal aventura del tigre electrizado.

Al clarear el día siguiente, Macario despertó sobresaltado con los fuertes toques que le daban en la puerta de la casa. A medio vestir se echó afuera, y hallóse con el maestro Toribio que iba a pedir justicia.

—¿Qué novedad ocurre, maestro?

—Lo que era de esperarse: el pájaro voló anoche mismo.

—¿Qué pájaro?

—Pues quién ha de ser, sino el Zorro. Bien lo dije yo, cuando me metieron en la casa semejante lámpara: se ha ido en alta madrugada por las tapias del fondo, llevándose el gallo del corral, dos vasos y el paño de manos.

—¿Y qué ha dicho el Dr. Quix?

—El persiste en creer que el Zorro es una alma de Dios, y que estas rapiñas son debidas a no sé qué celdas y revoluciones que tiene en el cerebro, pero lo que a mí me importa es darle caza, para recuperar mis cosas, y que usted, a escondidas del doctor, lo zampe en la cárcel varios meses, que es un remedio más eficaz para corregirlo que el que quiere emplear nuestro sabio, con perdón de su sabiduría.

—¿Y qué pensaba hacerle?

—Hágase usted cargo, señor Alcalde: había mandado comprar buen vino y matar gallina para el muy pillo, pues según las disposiciones que dio anoche, pensaba tenerlo bien comido, bien bebido y tomando la Emulsión de Scott, para engordarlo como un bienaventurado.

Vistióse Macario, tomó a las carreras el desayuno y se fue a casa de

su Mecenas, antes de dictar providencia alguna. D. Gaspar se rió a carcajadas del fracaso de la Clínica, y le aconsejó que por ningún respecto desautorizase las doctrinas del Dr. Quix, que eran las del mundo moderno, pero que por debajo de cuerda, bien podía dejar caer sobre el Zorro todo el peso de su vara de alcalde, haciendo caso omiso de los paliativos y caldos de sustancia de la escuela penal antropológica.

Trascurrieron dos o tres días, durante los cuales el Dr. Quix, Policarpo y el herrero de la villa trabajaban con gran interés la máquina o aparato inventado por el primero para cazar tigres; D. Gaspar y el maestro Toribio apenas se dejaban ver, trabajando a puerta cerrada en la pieza donde estaba la imprenta, que era la misma de la zapatería; Macario y las demás autoridades del lugar andaban empeñados en la pronta realización de una obra pública, que era urgente terminar antes de que partiese el Dr. Quix para la cacería eléctrica del Granadillo: iba en ello el buen nombre de Mapiche, por lo que se dirá en seguida.

El río de las Ánimas, en una crecida poco oportuna, se había llevado el puente que era forzoso pasar entre la villa y el Granadillo; y aunque los de a caballo podían pasar por el vado, y los de a pie por unos palos, eran estos medios muy rudimentarios y atrasados para ofrecerlos a la vista del eximio Caballero, flor y nata del Progreso.

¿Qué hacer en este aprieto? En tres o cuatro días, sin materiales ni rentas, no era posible echar un puente de mampostería como el que había tumbado el río. Entonces D. Gaspar, que era la ninfa Egeria del Alcalde y el Ayuntamiento, les dio la idea de poner una tarabita o puente de cabuya.

—¡Una tarabita! —dijeron los del Cabildo con asombro— ¡si eso es más viejo que Matusalén! el puente primitivo de los indios. ¡Qué diría el Dr. Quix al ver semejante atraso!

—No tengan cuidado por eso: hagan clavar los postes, tender las sogas y arreglar el cesto, que yo me encargo de lo demás. Eso sí, mis amigos, guárdense de decir en público que están construyendo una tarabita: los nombres corren por mi cuenta, y desde ahora les aseguro que saldremos airosos con la obra.

El Vicario, a quien llegaban por diversos conductos las noticias de cuanto pasaba en la villa, no sabía qué pensar de tantas novedades, que eran

objeto de risa para unos, y de ingenua admiración para los más; y estaba deseoso de verse con D. Gaspar, para platicar sobre el asunto y pedirle cuenta por la parte directa que tenía en tales cosas.

En estas perplejidades y deseos estaba el sencillo levita, cuando se le presentó el hombre, con su rostro amable y su picaresca sonrisa.

—¡Oh, D. Gaspar, cuánto deseaba verlo!

—Siempre a sus órdenes, señor Vicario. Me había tardado en venir, porque, como ya lo sabrá, desde hace días hemos entrado en la vida agitadísima del Progreso, que no da lugar ni para cultivar uno sus buenas y antiguas relaciones. Ahora mismo, vengo de la Empresa Editorial...

—¡Empresa Editorial en Mapiche! ¡Está usted loco, D. Gaspar!

—La nueva Empresa Manzanares & Ca., en el Hotel Cosmopolita.

—Por Dios mi amigo, déjese de bromas, y explíqueme lo que pasa, porque yo estoy en la luna.

—Pero, señor Vicario, ¿ha olvidado usted que el maestro Toribio Manzanares, a más de zapatero, sabe algo de imprenta, y tiene posada? Pues lo demás es cuestión de nombres: de la Posada del Fraile, se ha hecho Hotel Cosmopolita, y de la imprentica de la villa, una Empresa Editorial; y como el maestro no está solo en estos trabajos, ahí tiene usted explicada la razón social Manzanares & Ca.

Mientras el padre Juan se reía, porque no le quedaba otro recurso, D. Gaspar sacó del bolsillo y entregó a su viejo amigo un papel impreso, con el siguiente mote:

El Flamígero

Revista Universal de Ciencias, Artes, Literatura e Industrias.

Vocero del Progreso de Mapiche.

Director en jefe: Toribio Manzanares.

El Vicario lanzó una exclamación de sorpresa y hasta de orgullo: era el primer periódico que salía en la villa. Con el interés que puede suponerse, se puso los anteojos y empezó a leer, pero... al primer tapón, zurrapas.

—¿Qué significa “umbrálica” Yo no conozco ese término.

—¡Oh, señor Vicario, qué atrasado se halla usted en letras modernas!

Esa voz sale de umbral, y en la moderna y babilónica evolución del lenguaje, viene a reemplazar esa larga y anticuada lista de vocablos castellanos que se ponen al inicio de un libro o periódico, como prólogo, prospecto, proemio, prefacio, preliminares, introducción, etc.

—¡Ah! ya comprendo, aunque más propio habría sido poner *Umbraldura*.

Y continuó leyendo, pero volvió a apartar sus ojos del impreso con desconsuelo.

—Está visto, mi amigo, que yo soy muy escaso: no entiendo el título del prospecto, y ahora me atranco al comienzo del primer párrafo. ¿Qué quiere decir esto? *Borealiza al fin para Mapiche el Evo póstero...*

—Realmente, señor Vicario, está usted del todo a pie en literatura modernísima. Eso quiere decir que ya brilla para Mapiche la aurora del porvenir.

—Mire, D. Gaspar —dijo el Vicario, quitándose los anteojos y devolviéndole el papel— lo mejor será que usted me lea y traduzca al mismo tiempo.

Hízolo así D. Gaspar, adoptando un tonillo declamatorio y zumbón, que realizaba las lindezas que decía el periódico. Después de la Umbrálica, seguían unos versos nebulosos a Psiquis y a Venus Citerea, con el título de “Floripóndicos”; y a renglón seguido venía el Reportaje, es decir, las notas recogidas por los reporteros de El Flamígero, relativas al suceso magno, a las fiestas de recepción del Dr. Quix, entre las cuales estaba, en forma de revista, la descripción del *pic-nic* en el chalet de *L’Orquette*.

Aquí fueron las sorpresas y carcajadas del Vicario, cuando su amigo le iba explicando todo: que el kiosko central del chalet, era el emparrado del lavadero; que el *boudoir* de las damas, era el cuartico de costura de María; que el *buffet*, era el comedor de la hacienda; que los *garzones*, eran los criados de D. Luis; que el hipódromo, era el potrero de las vacas; y viniendo a la mesa y las comidas, el Vicario se quedó lelo al oír leer toda aquella larga lista de platos extranjeros, y más cuando supo que eran todos criollísimos, inclusive unas “galletas de trigo de Turquía”, que D. Gaspar no quiso traducirle por el momento.

—Adivine, señor Vicario: usted las come muy buenas todos los días, hechas por Romualda.

—Galletas de trigo de Turquía... no caigo.

¿Qué puede ser?...

—Las arepas, mi amigo, las arepas de maíz, que ha sido necesario europizarlas, para que puedan figurar en un banquete civilizado.

Entre los sueltos de crónica, había uno cuya lectura se hizo repetir el Vicario ahogado por la risa: era el relativo a la tarabita sobre el río de las Ánimas, Decía así:

“Atrevida Empresa. Inspirado el Ilustre Ayuntamiento en las grandes conquistas del Progreso moderno, ha hecho construir un Cable Volante de Transporte sobre el torrentoso río de las Ánimas, según el sistema novísimo inventado en Norte América, para salvar las corrientes impetuosas y los más escarpados precipicios. Los cables propulsores y la lanzadera rodante son de pieles bovinas sebificadas, de superior calidad. Lo inaugurará el sabio viajero universal Dr. Quix de Manchéster, al emprender su próxima e importante cacería eléctrica. Bien por el progreso de Mapiche”.

El Flamígero puso la villa en candelas: con raras excepciones, los vecinos, hombres y mujeres, suspendieron sus oficios para leerlo u oír su lectura derretidos de contento, viendo tratadas y descritas las cosas de su tierra en términos tan refinados y flamantes, solamente usados en las grandes capitales.

La sección destinada a anuncios y *adresses* produjo maravilloso efecto, porque halagaba con pomposos términos la vanidad de los pobres y humildes artesanos. El albañil se vio subido a arquitecto; el carpintero, a ebanista; el herrero remendón, a mecánico; el pulpero, a jefe de almacén; cada horno era una panadería; cada banco de taller, una fábrica; cada figón un *restaurant*; las arboledas se volvieron parques; las calles, avenidas; las acequias acueductos; la escuela de primeras letras tomó el nombre de Pedagogía Politécnica; en fin, todo aparecía en El Flamígero con un ropaje brillante de civilización y progreso que complacía y ufanaba a los sencillos moradores de Mapiche. ¡Ejemplo harto común de la flaqueza humana!

A la entrada de la villa, por una de las dos únicas calles que tenía, habitaba una india muy ladina, buena cocinera, en un caserón de palma, sombreado poéticamente por varios corozos; mujer muy conocida con el nombre de la Toña, que hacía famosas empanadas, y las vendía, en asocio de

un café, con arepa o cazabe, a las gentes que venían a misa los domingos, y también a los del poblado.

Uno de los primeros anuncios de El Flamígero era el referente a la Toña, el cual vale la pena de transcribirlo, para que se vea con cuánta razón se desternillaba de risa el Vicario con las cosas de D. Gaspar.

Pastelería Americana de Madama Antonia. Servicio pronto y esmerado.
Boulevard de las Palmeras. 2ª Avenida.

Policarpo, que había comido con deleite estos pasteles americanos en el Cosmopolita, junto con leer tal anuncio, cogió su sombrero y salió disparado a tomar un *lunch* en dicha pastelería, suponiéndola yanqui; y quedóse perplejo al hallarse con la Toña, que hablaba español y tenía un tipo indígena muy caracterizado.

—Es particular —se dijo— habré equivocado, sin duda la dirección.

Y se volvió para el Cosmopolita, donde se tropezó con D. Gaspar, a quien contó la especie, averiguándole por la Pastelería.

—Pues de ella vienes.

—¡Cómo! ¿Es americana aquella mujer?

—Tan americana como el mismísimo Emperador Atahualpa.

—Quiero decir... ¿es yanqui?

—¡Ah! eso es otro cantar. Si tal fuese, no sería americana sino de nombre, porque tú, que has vivido allá, debes saber, por ser notorio, que los señores yanquis no pertenecen a la raza americana, con la cual no se ligan jamás. En cambio, esta mujer y todos los de la América Latina, somos americanos genuinos, americanos por la sangre. Saca cuenta si la india Toña será americana, siendo como es descendiente en línea recta del último cacique de Mapiche!

Policarpo se mordió los labios: él creyó que Madama Antonia sería una rubia alta, de cofia y espejuelos, emigrada de Boston o de Filadelfia. Para disimular su chasco, fuese en seguida a continuar sus trabajos eléctricos al lado del Dr. Quix, quien lo esperaba con El Flamígero en las manos, leyendo a grandes voces, con entusiasmo y cosmopolitánica fruición, las noticias universales que daba, de gran interés para el mundo, en particular para los

países intertropicales, y no se diga para los habitantes de Mapiche. He aquí la muestra:

“Moscow. Comunican de San Petersburgo que ha mejorado la cantatriz Querubini del refriado que sufrió en el Teatro Imperial”.

“París. En los círculos elegantes empieza a estar de moda el dejarse crecer el pelo. Témesese que los barberos se amotinen. Agitación en la Bolsa”.

“Nueva York. El célebre millonario Bancroff ha ofrecido cincuenta mil dólares por un botón de la casaca militar de lord Wellington”.

El Flamígero salió en canje para las cinco partes del mundo. La olvidada villa, puesta sobre el torno mágico de la prensa, iba a comparecer onomásticamente ante propios y extraños, ataviada con las galas del progreso moderno, y enaltecida con la visita del gran sabio turista, inventor del heliógrafo.

La noticia de otra alarmante travesura del tigre del Granadillo, hizo abreviar los preparativos y poner en ejecución la renombrada cacería eléctrica, tan deseada del Dr. Quix, como temida de Sancho. La fiera se había llevado una marrana parida, casi de los alrededores de la aldea. El chiquero estaba situado dentro de un cafetal sombrío, en la vega del río de las Ánimas, a pocas cuadras de la casa pajiza del conuco.

Con gran presteza se hicieron en aquel paraje los trabajos del caso: sobre un enorme ceibo, a cuya sombra estaba el chiquero, se construyó un tablado, donde debían situarse el Dr. Quix y Sancho con la batería eléctrica, consistente en una pila cargada hasta su máximun, a fin de que produjese conmociones violentas. Por medio de conductores puso en contacto los polos de la pila con una ingeniosa red de alambre, en forma de embudo, armada en el suelo, en cuya parte más angosta estaba la presa, que era uno de los lechoncitos huérfanos.

Los que veían tales preparativos, se devanaban los sesos, pensando cómo habría de quedar cautivo el tigre en aquella endeble red de alambres, cuando era bueno que se había escapado de otras trampas, levantando como plumas los palos y vigas acomodados para aplastarlo.

Era tal el terror que inspiraba el tigre, que en pleno día, los peones que ayudaban en estos trabajos, creían oír a cada instante sus feroces rugidos, y ver su figura espantable por entre el cafetal sombrío.

La noche se vino encima, y el paraje quedó oscuro, desierto y silencioso. El Dr. Quix y Sancho, desde temprano, se habían encaramado al tablado del ceibo, dispuestos a pasar la noche en vela. Estaba convenido que desde la casita, que estaba en alto, y donde había también gente en vela, avisarían a los cazadores la aproximación del tigre, levantando al efecto un farol encendido en la punta de una caña, de modo que fuese visto por ellos de lo alto del ceibo.

—Tengo que darte mis instrucciones, Sancho: cuando yo te indique, bajarás con presteza, llevando los cordeles y las esposas, para que amarres bien el tigre de pies y manos, en tanto gobierno yo acá las corrientes eléctricas, que no deben cesar hasta que la fiera se halle perfectamente electrizada.

—Mire, mi amo, mejor será que invirtamos los papeles: yo me entiendo acá arriba con los alambres y su merced se baja a entenderse con el tigre cuando sea la hora.

—¿Tienes miedo, Sancho?

—No es propiamente miedo, sino falta de experiencia: yo no he amarrado nunca tigres, y como soy tan sensible de nervios, aunque se esté quietecito, si llegase a menear siquiera la punta de una oreja, saldría de estampida hasta ponerme en seguro.

—Tienes razón, Sancho: temperamentos neuróticos como el tuyo, no sirven para el caso. Así es que yo bajaré, y tú manejarás los electrodos.

Un indeciso rayo de luna penetraba a través de las copas de los árboles, y alumbraba la trampa eléctrica, donde estaba aprisionado el lechoncito. La noche avanzaba con medrosa lentitud. Pasaron varias horas en completo reposo: sólo se oía el rumor perenne del río y el chillido monótono de los grillos. Sancho dormía, pero su amo velaba: sus grandísimos ojos brillaban como dos brasas entre el ramaje del ceibo. De rato en rato, merced a los tirones que el doctor le daba por medio de una cuerda, la inocente presa lanzaba agudos chillidos, que hacían despertar a Sancho con gran sobresalto.

Llegó un momento en que el doctor aguzó el oído y se quedó en suspenso: oíase un rugido sordo y cavernoso hacia lo más espeso del monte. Miró en dirección de la casa, y vio una luz que subía y bajaba con prontitud: era la señal convenida.

—¡Sancho! ¡Sancho! ¡El tigre se acerca! Despertar Sancho, oír espantado semejante anuncio y huir, ramas arriba, hasta lo más alto del ceibo, todo fue uno.

—¡Cobarde! ¿Has de dejarme solo en el momento crítico? Baja pronto para que dirijas la corriente eléctrica.

—Súbame acá los alambres, mi amo, que desde lo más alto, la corriente debe caer con mayor fuerza.

—¡Silencio, imbécil!... Los instantes son preciosos y decisivos.

Apenas había acabado de pronunciar estas palabras el atrevido electricista, cuando se oyó un rugido espantoso, que lo hizo estremecer, a pesar de su probada valentía, y casi al mismo tiempo, en uno de los claros del cafetal, pálidamente alumbrados, apareció una como oscura y moviente masa, un bulto negro, que avanzaba, quebrando a su paso las hojas secas esparcidas por el suelo: era el rey pintado de nuestras selvas, el tigre cruel y feroz, que había olfateado la presa, y se acercaba cauteloso, aterrorizando a hombres y animales con sus siniestros rugidos.

El Dr. Quix, mudo e inmóvil, con los ojos fijos en la fiera, esperaba el momento supremo. ¡Qué angustiosos instantes!... Después de largos y lentos rodeos, deteniéndose ya aquí, ya más allá, como si temiese dejar en descubierto las espaldas, el tigre avanza recto como una flecha, da un salto y cae sobre la presa, que chillaba horrorosamente. La máquina se pone en ejercicio, los conductores transmiten sin cesar encontradas corrientes a los alambres que envuelven el tigre, éste tiembla, acaso por efecto de la conmoción eléctrica, ruga de un modo extraño, se recoge como un ovillo, y salta hacia atrás con tal violencia, que lo recibe uno de los travesaños que sostenían la trampa, contra el cual se da tan tremendo golpe en la nuca, que al punto suelta la presa y se desploma aturdido, cayendo patas arriba como un cuerpo muerto.

D. Quijote dio un gran grito de contento, y en tres trancos se bajó con los cordeles y esposas, para asegurar la fiera, llamando con vivas instancias a Sancho, pero éste, abrazado a una rama en la copa del ceibo, se negaba a bajar con toda la energía de su terror pánico.

—¡Mátelo! ¡mátelo de un tiro, mi amo!...

—¡Matarlo!... ¿Estás loco, Sancho? ¿Ignoras que soy miembro de la

Sociedad Protectora de Animales? El tigre está perfectamente electrizado; y si tratase de hacerme algún daño, le dispararía en el acto la Botella de Leyden que al efecto traigo prevenida.

Una luz intensa, vivísima brilló de súbito en lo alto del árbol; Sancho había encendido la linterna de petróleo del doctor, para avisar a los de la casa que el tigre había caído en la trampa eléctrica. Seguidamente se oyeron voces, gritos y ruido de pisadas por entre el cafetal. Ojos de espanto, temblor de piernas, exclamaciones de horror, todo ello hubo a la llegada de los vecinos, entre los cuales iban Macario, Santiago, Policarpo y D. Gaspar, que estaban con el credo en la boca, temiendo que el tigre fuese a hacer una diablura con sus renombrados huéspedes.

La luz de la linterna les permitió ver un cuadro raro, terrible y por extremo interesante: el Dr. Quix, arrodillado en tierra, contemplaba radiante de gozo al tremendo animal, que en aquellos instantes empezaba a rugir y forcejear, tratando de librarse de los cordeles y hierros con que ciertamente estaba bien ligado.

—¡Oh, señores —exclamó nuestro egregio y afortunado cazador— saludemos con un hurra el soberano poderío de la Ciencia y el Progreso!... Aquí tenéis, señor Alcalde, esta hermosísima fiera, que gustosamente dedico al Jardín Zoológico de Mapiche. Mejor, no la conocen en Europa, ni creo que lo fuesen los mismos tigres enviados por Hernán Cortés al emperador Carlos v.

Policarpo, entusiasmadísimo, hablaba al gran Caballero en todas las lenguas, menos en español, para expresarle su admiración y lo satisfecho que estaba de haberle servido de *attaché* en los aprestos eléctricos, pues por lo demás, había creído lo más *chic* mirar los toros desde la talanquera.

Macario, atónito todavía, dio las gracias por el regalo, a nombre de la villa, y buscando luego a D. Gaspar, le dijo a media voz:

—Ahora sí, mi amigo, llegamos a donde íbamos!

—¿Por qué, Macario?

—¿Dónde existe ni ha existido nunca tal Jardín en Mapiche? Aquí sí es verdad que torció la puerca el rabo.

—En poca agua te ahogas. Mañana mismo se da un decreto fundando el Jardín Zoológico de Mapiche, y santas pascuas.

Amarrado sobre unos palos, el tigre fue llevado en triunfo a la casita

vecina, donde tenían cena preparada para los cazadores y su numerosa comitiva; pero como no ha de faltar alguna pena en las grandes alegrías, los pobres campesinos, dueños del conuco, que se veían libres de las garras del tigre, estuvieron a punto de perderlo todo en las llamas de un incendio.

La cocinita no estaba hecha para resistir tantos fogones: así fue que el vuelo de las chispas prendió el techo, y pronto el fuego tomó creces. A los gritos de alarma, D. Gaspar, con una rapidez y serenidad admirables, en medio de la confusión general, busca vasijas, las pone en manos y aprovechando el agua de una acequia que corría por el patio, empieza a apagar el incendio, poniéndose a la cabeza de la cuadrilla salvadora como un verdadero matafuegos, provisto de una tinaja, que llenaba y vaciaba con una destreza increíble, con aplauso de los atribulados circunstantes.

A la voz de fuego, el Dr. Quix había sido de los primeros en lanzarse a las llamas. Para una imaginación tan fosfórica como la suya, aquel espectáculo, en que se unían al bramido y siniestro resplandor de las llamas, los lloros y lamentos de las mujeres, los gritos y carreras de los hombres, y hasta los sordos rugidos del tigre aprisionado, lo sacó de quicio, y creyendo hallarse en uno de esos grandes incendios de Londres o Nueva York, corría como un fantasma por entre el humo y las llamas, alentando con estentóreas voces a los que trajinaban con el agua:

—¡Aquí bomberos!... Aquí de vuestro noble oficio. ¡Arriba valientes!...

En esto, se le prendieron las toquillas del sombrero de turista, que eran muy sutiles, y D. Gaspar, que tal ve, le tira encima una tinaja de agua, que lo baña de pies a cabeza, logrando así apagarlo por dentro y por fuera, pues con esta violentísima empapada le pasó el acceso de locura.

Apagado el incendio, aunque con pérdida de la cocina, y restablecida la calma, se cenó con lo que había quedado, que no fue poco, pues Sancho, en medio del conflicto, tuvo la valentía de entrarse a la cocina, y poner en salvo una gran olla de sancocho, cuyos vahos incitantes le habían llegado a las narices.